

## LA MISA DEL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO. Ciclo "A"

### 1. Introducción

Los textos previstos por el Gradual como cantos para cada Misa, y que figuran en el Misal como versículos a leer sin música, buscan dar a cada celebración un matiz propio, que se une al del Evangelio y a los textos propios del día. Debido a esta abundancia de material los textos que se cantan en gregoriano según el mismo Gradual, suelen pasar desapercibidos y relegados a un segundo o tercer plano en cuanto a aportar algo para ser vivido en dicha Eucaristía. Sin embargo esos cantos y textos se remontan a tradiciones que pueden datar del siglo V o VI en adelante y son el fruto de una reflexión teológica y una estética religiosa que no puede desaprovecharse. Normalmente, al ser textos tomados del Salterio, hacen una referencia a la Eucaristía entendida como Sacrificio de Alabanza en el que se expresa lo más profundo e íntimo de los sentimientos de Cristo en su Misterio Pascual. Es por eso que los cantos previstos por el Gradual, tanto para la Entrada como para el *Aleluya*, Ofertorio y Post-Comunión, son pocos versículos de algún salmo que reciben una musicalización que da a esos mismos versículos un carácter particular. Podría decirse que la música es fruto de una exégesis o interpretación del salmo que se canta, en el contexto del Misterio Pascual de Cristo que se celebra en la Eucaristía.

En el caso de la Misa del 1º Domingo de Adviento, considerado el comienzo del año litúrgico con la espera de la venida del Mesías, sus cantos revisten una riqueza muy particular que vamos ahora a analizar a continuación.

Por otra parte debemos recordar que el papel de un canto bíblico, como son los del canto gregoriano, es hacer resonar la voz de Dios mismo que, en boca de la asamblea, hace presente y actual aquello que dicen. Y más concretamente son la voz de Cristo, que unas veces suplica al Padre, otras agradece, otras celebra y, siguiendo la diversidad de los salmos, manifiesta al Padre lo más profundo de sus sentimientos ante el Misterio Pascual. Y como sucede con todos los signos litúrgicos ellos son

eficaces en la medida en que su significado sea comprendido. Por eso es un deber el entender dichos textos y cantos en el marco de la Eucaristía en que son cantados.

## 2. Análisis del Introito: *Ad te levavi*

Antiphona ad introitum VIII

A D te levávi \* á-nimam me-am: De-us  
me-us in te confí-do, non e-ru-bé-scám:  
neque irrí-de-ant me iní-mí-ci me-i:  
éte-nim univér-si qui te expé-ctant, non con-  
fun-dén-tur.

Este canto, tomado del salmo 24 dice: *Hacia ti levanto mi alma: Dios mío en ti confío, que no deba avergonzarme ni se rían de mí mis enemigos. Pues todos los que en Ti esperan no se verán confundidos (Sal 24,1-4)*. Este salmo, por su misma naturaleza, es un salmo muy simple y elemental. Está construido siguiendo el artificio de comenzar cada versículo con una de las veinticuatro letras del alfabeto hebreo y por eso no tiene un gran vuelo literario. Sin embargo en la tradición de los cantos de la Iglesia muchos de los versículos de este salmo han adquirido una riqueza y significación por sí mismo, lo que lo hace uno de los salmos importantes para la liturgia. Curiosamente el salmo 118 (119), que en su gran extensión sigue el mismo principio de construcción literaria, es también para la Iglesia un salmo eucarístico de cuyos textos saca gran cantidad de antífonas y responsorios que canta a lo largo de todo el año litúrgico.

El texto de este Domingo comienza con una expresión que puede tomarse como una confesión, en el sentido eucarístico del término: el salmista se presenta ante Dios, elevando hacia Él su corazón: *ad Te levavi animam meam*. Siguiendo la lógica de los tiempos verbales de las lenguas bíblicas, el tiempo del verbo es el pasado perfecto, pero que implica una acción que dura y por eso se puede traducir en presente: *a Ti*

*levanto mi alma*. Esta confesión hace a la esencia misma de la Eucaristía: ella es la elevación del corazón a Dios (*Sursum corda, levantemos el corazón*, se dice al comenzar el Prefacio). De este modo el Adviento comienza con esta elevación del alma al Señor. Antes del llamado a que Él descienda, está la ascensión de la plegaria del cristiano llamándolo.

Estrictamente hablando esta antífona es la voz de Cristo que, en su Misterio Pascual, eleva su oración al Padre.

La primera frase de esta antífona, hecha dentro del modo 8º del canto gregoriano, comienza en la nota Fundamental de este modo: el Sol (siempre debe verse la nota en que termina toda la pieza, ésta es la Fundamental, la que da al conjunto su acabamiento y su reposo final). Sin embargo, en lugar de irse inmediatamente la voz hacia lo alto, hacia arriba, al DO característico del modo 8º, la pieza se va a los graves, al RE, para desde allí subir nuevamente a la Fundamental del modo 8º. Esta construcción musical partiendo de la fundamental y volviendo a ella desde abajo pone las bases para la subida y ascensión del alma a Dios (*animam meam*), en el DO. Allí se detiene un momento y vuelve a hacer cadencia en torno al SOL. Este movimiento, dentro del modo 8, tiene una gran riqueza y su modelo es el triple *Alleluia* de la Vigilia Pascual.

Sigue después la exclamación: *Deus meus* que busca otra vez el Do que pasa a ser la cuerda hasta terminar toda la frase: *Dios mío en Ti confío, no quede avergonzado*. Mientras que la entonación de la pieza y su primer clamor (*Ad te levavi...*) maneja el mismo ámbito SOL-DO, pero con una fuerte atracción del SOL, la Fundamental, ahora, en la segunda parte (*Deus meus...*) moviéndose dentro del mismo espacio SOL-DO, tiene un gran predominio del DO, de las alturas a las que subió el clamor. Y, luego de una larga trístrofa en el DO para pedir “*non*”, desciende a la firmeza de la fundamental donde reposa muy firme y segura de que no se verá avergonzada (*erubescam*).

Para reforzar esa confianza la segunda frase musical retoma el clamor del *non*: *neque irrideant me inimici mei* (*ni se rían de mí mis enemigos*). El “*neque*”, que es otro pedido

de no ser “la burla de los enemigos”, recibe una carga de 6 notas sobre el DO, que pasa a ser, en el comienzo de esta segunda frase, la cuerda preferida. En cambio vuelve al ámbito del SOL para hablar de sus enemigos (*inimici mei*), donde hace cadencia esta segunda frase.

Finalmente la última frase musical dice: *etenim universi qui te expectant non confundentur* (pues los que esperan en Ti no serán confundidos). Y para decirlo hará todo un bordado en torno al SOL. Hasta aquí había alternado en usar el SOL y el DO en las dos primeras frases. En esta última frase la melodía es un tejido en torno al Sol, la nota Fundamental, que da robustez a lo que se está diciendo y total confianza en que así será: no se verá confundido.

Copiamos aquí una interesante reflexión del Maestro F. Rampi sobre el Introito y la Misa de este primer Domingo de Adviento<sup>1</sup>:

*Ad te levavi animam meam, éste es el incipit del Introito gregoriano del primer Domingo de Adviento y, por tanto, el Incipit de todo el Graduale Romanum, el libro litúrgico que recoge los cantos propios de la misa. La gran “A” inicial, primera letra del alfabeto, es signo de Cristo como “Alpha” de la cual tiene origen y a la que constantemente converge la larga meditación que la Iglesia dispone, mediante su canto gregoriano, a lo largo del todo el año litúrgico. Lo mismo hace el Antifonal, de una manera igualmente no casual, con el responsorio “Aspiciens a longe”, la pieza que inaugura el tiempo de Adviento para el repertorio musical del Oficio Divino. Se podría decir que el canto gregoriano se preocupa, desde el principio, de resaltar la valencia cristológica de su proyecto exegético-musical.*

*El primer motivo de interés es la elección de los textos que componen el “proprium” de esta primera misa del año litúrgico. Los versículos iniciales del Salmo 24, a pesar de algunas variaciones significativas, dan cuerpo no sólo al introito, sino también al gradual y al ofertorio de la misma misa. Esta es la*

---

<sup>1</sup> Tomado de su página: <http://chiesa.espresso.repubblica.it/articolo/1350677?sp=y>.

prueba, aquí totalmente evidente, de la intención primaria que funda el antiguo repertorio gregoriano, es decir, la capacidad de hacer resonar el mismo texto en momentos litúrgicos distintos y, más concretamente, la firme decisión de lograr un resultado sonoro fruto de un verdadero y propio recorrido de "lectio divina". Como tal se presenta, de hecho, la sucesión de los tres momentos litúrgico-musicales citados. En la apertura de la celebración, la pieza procesional en el estilo semi-adornado de los introitos desarrolla, de hecho, la exegesis del texto con figuras neumáticas elementales, es decir, de pocos sonidos por sílaba, amplificando los valores sobre algunas sílabas importantes – por ejemplo sobre el acento de "à-nimam" durante el primer inciso – pero siempre manteniéndose en una conducta de fraseo, en conjunto, fluido.

La pieza se presenta, en general, como una gran invocación. Dicho carácter se resume y destaca especialmente al principio del segundo inciso textual, allí dónde con impulso y con una línea melódica llevada a la extremidad aguda de todo la pieza se subraya con decisión la invocación "Deus meus", que se convierte en cifra expresiva que sella toda la composición. Pero la "lectio divina" realizada por el canto gregoriano sobre este texto no cesa en el introito, sino que prosigue y se eleva hasta una dimensión contemplativa, sobre todo en el gradual "Universi", después de la primera lectura.

Grad. I.

U - ni-vér- si \* qui te expéctant,  
 non confundéntur, Dómi- ne. V. Vi- as  
 tu- as, Dó-mi-ne,  
 no-tas fac mi- hi : et sé-  
 mi-tas tu- as \* é- do-ce me.

El mismo texto del introito -en la perspectiva de la "lectio divina"- es retomado, seleccionado y repensado para llegar a ser más profundamente entendido en

*cada una de sus partes. Lo que casi había desaparecido mediante un estilo semi-adornado, es cristalizado por un estilo que responde a otras exigencias litúrgico-musicales. En la misa, después de la primera lectura, cuando todos están quietos, sentados y, presumiblemente, atentos, cuando no hay -como al contrario sucede en el introito- ningún movimiento procesional, cuando la liturgia exige una digna respuesta a la lectura de la Palabra de Dios apenas proclamada, he aquí que se retoma el texto del introito, pero -preste atención- no "da capo", sino extrayendo sólo la última frase de la antifona: "Universi qui te exspectant non confundentur, Domine". A este punto el texto es, en cierto sentido, "recreado", y cada entidad verbal asume nueva luz, nuevo peso, nuevo significado. Cada palabra es meditada con más calma, más tiempo, sin prisa, con más consciencia. Si en el introito, por ejemplo, el término "universi" recibe una mínima acentuación y es parte de un movimiento fluido global, en el gradual ese es situado en primera fila y promovido, incluso, como incipit de la pieza. Pero sobre todo se dilata enormemente su alcance expresivo, con consumado arte retórico. El incipit del gradual quiere meditar, quiere "perder tiempo" sobre esa palabra que detiene la mirada sobre la universalidad del Adviento, anunciado con abundancia de sonido y con generosas ampliaciones de valor, cargados de sentido. Por último, volviendo a mirar el esquema melódico global del introito podemos verificar fácilmente -como, por otra parte, está indicado en la edición vaticana- su clara pertenencia al octavo modo, el "tetrardus plagale" según la terminología que deriva del antiguo sistema musical griego. Éste es el último de los ocho modos gregorianos, que resumen y enmarcan las posibles y rígidas estructuras musicales de todo el repertorio monódico litúrgico. Dicho modo, el último en la mente de los compositores anónimos y de los teóricos medievales, es símbolo de perfección, de cumplimiento, de tiempo definitivo. El octavo modo es, a menudo, una alusión explícita al octavo día, inicio de la nueva creación. No es casualidad que tantos los cánticos como el triple aleluya de la vigilia de Pascua tengan este mismo color modal. Al inicio del año litúrgico, el canto gregoriano lee en filigrana todo el misterio de Cristo y dilata la comprensión del tiempo de Adviento a la memoria más amplia del "Adventus Domini", itinerario iluminado*

del acontecimiento pascual, que medita tanto el misterio del nacimiento de Jesús como la espera de su venida final. La construcción modal de este primer introito es signo de dicho recorrido y entrevé, desde el principio, las infinitas resonancias.

### 3. Análisis del *Alleluia: Ostende nobis Domine*

8. **A** L-le- lú- ia. \* Alle- lú- ia.

̄. Os-tén- de nó-bis Dó- mi-ne mi-se-ri-cór-  
dí- am tú- am : et sa-lu-tá- re tú-  
um \* da nó- bis.

Alle-  
lú- ia. \*

Este *Alleluia* pide al Señor, con el Salmo 84, que manifieste su misericordia y su salvación. Utilizando como base un espacio musical limitado (otra vez el modo 8, SOLDO), logra dar una fuerza a la expresión que se basa en dos factores: la agilidad que asume la melodía, y la fuerza musical con que reviste los acentos de las palabras. Todo está en función de resaltar esos acentos y, por eso mismo, nunca le melodía opaca ni hace perder de vista el pedido que está haciendo: muéstranos tu misericordia y danos tu salvación. Por dar un ejemplo, ya desde la entonación del versículo, todo está hecho en función de ese objetivo: arrancando desde la Dominante (DO), inmediatamente la melodía es frenada en su impulso con un “punctum” en *Os-tén-de*, logrando que esta súplica, siempre repetida en el Adviento, tome toda su fuerza: “¡Muéstranos!”. Por eso, para la fidelidad en el canto de este versículo basta con seguir los acentos de las palabras y volcar, como hacen las notas, toda la fuerza en los neumas con que cada acento está revestido.

### 4. Análisis de la *Comunión: Dominus dabit*

Comm. 1.

Omí-nus \* dá-bit be-nigni-tá-tem : et tér-  
ra nóstra dá-bit frúctum sú-um.

El versículo de la Comunion pertenece, como el *Alleluia*, al salmo 84 y tiene una construcción muy bella por su simplicidad en el modo 1. El versículo dice: *El Señor dará la benignidad (la lluvia) y nuestra tierra dará su fruto*. Este texto está dividido en dos frases musicales. La primera presenta al Señor, que, desde lo alto, da la benignidad, la lluvia, desde el cielo (LA). La segunda frase describe a la tierra que recibe esa lluvia, ese rocío, y, enterrándola en lo más profundo de su seno (RE), da el fruto esperado.

El primer versículo contiene la palabra clave, que es una de las principales imágenes del Adviento: la lluvia. El texto latino dice *benignitatem*, traduciendo lo que en el original hebreo es *tob*. Esta palabra significa “bien”, y por eso debe traducirse según el contexto. Y aquí es claro que eso bueno es la lluvia o el rocío. La entonación parte del FA y sube hasta el LA, pero lo hace para resaltar una cadencia que comienza lenta y largamente hasta el RE (baja hasta el DO), que es la nota Fundamental de este modo 1 y donde se encuentra lo más importante: el Señor. Desde allí vuelve al FA (*dabit benignitatem*) y, después de volver a bajar muy rápidamente al RE, hace una ágil ascensión desde el RE grave hasta el RE agudo, quedando en las alturas y reposando en el LA desde donde derramará la lluvia sobre la tierra (LA). Allí termina la primera frase.

La segunda frase toma la altura que dejó la anterior (LA) para hacer toda una construcción en cadencia hasta el final de la pieza, siguiendo así, de modo musical, el descenso de la lluvia sobre la tierra. La primera parte presenta a esa tierra que recibe la lluvia (*et terra nostra*) con un movimiento musical que repetirá: comienza descendiendo para, desde allí, emerger como el brote de la semilla. En la segunda parte de esta frase el movimiento se vuelve a repetir (*dabit fructum suum*). Partiendo del LA, desciende a “lo profundo de la tierra”, para volver a brotar con una subida que



termina haciendo su reposo final en la Fundamental RE: ha brotado el germen tan esperado.